soltar regaños por aquella boca: había tufo en la luz del recibimiento; estaba el comedor obscuro como boca de lobo; de la cocina venía olor á quemado. Amparo encendió la lámpara del comedor. Ver la de Bringas á su primo y desenojarse, todo fué uno.

«No sabía que estabas aquí. Se te encuentra siempre saliendo de la obscuridad como una comadreja. Dí una cosa. ¿Por qué no vienes esta noche? Reunión de confianza... poca gente, doña Cándida, las pollas de Pez... ¿Vendrás? No seas tan corto, por amor de Dios. Suéltate de una vez. Yo te respondo de que con poco esfuerzo has de hacer alguna conquista. Las chicas de Pez no cesan de preguntar por tí... que qué haces... que cómo vives... que por qué no te casas... que montas muy bien á caballo... Si es lo que te digo: tienes partido, tienes partido, y tú no lo quieres creer.

—Pues dí á las niñas de Pez que me esperen sentaditas. Son muy antipáticas, muy mal educadas, presumidillas, y desde ahora compadezco al desgraciado que se haya de casar con ellas.

—¡Vaya que estás parlanchín esta noche! Parece que el galápago quiere salir de su concha. Bien, Agustín, bien.

—Felices,—dijo Bringas, entrando de súbito, envuelto en su bata del año 40, la cual ni de balde se habría podido vender en el Rastro.»

Caballero se despedía dando un apretón de manos á su primo y embozándose.

«¿Pero te vas tan pronto?

—¡Ah!... se me olvidaba. Mañana os traerán el piano para la niña. Yo le pagaré el maestro de música. El colegio de ella y su hermanito, corre también de mi cuenta.

—Eres de lo que no hay...—manifestó Bringas, abrazando á su primo con emoción.—Que Dios te dé toda la vida y salud que mereces...»

Rosalía, dando un suspiro, abrazó tiernamente á su hija, que acababa de venir del colegio.

«¿Te vas tan pronto?—repitió don Francisco.

—Tengo que escribir algunas cartas.

—A propósito: mira, Agustín, no gastes dinero en tinta. Pasado mañana domingo voy á hacer algunas azumbres para mí y para la oficina. Te mandaré un botellón grande. Yo tengo la mejor receta que se conoce, y ya he traído los ingredientes... Con que no compres más tinta, ¿estás? Abur... y gracias, gracias.»

Con estas cariñosas palabras y la oferta que había hecho, expresión sincera, si bien negra, de su inmensa gratitud, despidió en la puerta á su primo el señor de Bringas. Cuando volvió al comedor, restregándose las manos con tanta fuerza que á poco más echarían chispas, su mujer, meditabunda, perdida la vista en el suelo, parecía hallarse en éxtasis. A las observaciones entusiastas del esposo sólo contestaba con arrobos de admiración:

«¡Qué hombre!... ¡pero qué bombre!...»

XX

Poco más tarde despedíase Amparo, recibiendo de Rosalía los siguientes encargos:

«Mañana me traes media docena de tubos. Se acaba de romper el del recibimiento. Te pasas por la Cava Baja y das un recado al de los huevos. Tráete dos docenas de botones como éste, y

ven temprano para que me peines, porque he de ir á Palacio antes de la una.»

En la calle, Amparo vió que se le ponía al lado un bulto, una persona, un fantasma embozado. Dióle saltos el corazón al reconocer las vueltas rojas y grises de la capa.

«No se me escapa usted,—dijo Agustín echando la fisonomía fuera del embozo.

—¡Ay!

—No hay motivo para asustarse. Es preciso que esto acabe pronto. Es preciso que hablemos cuando nos plazca. Ni espiar los ratitos en que usted se halle sola en la casa del primo, ni esperarla á la puerta, como se espera á las modistas, me gusta.

—Tiene mucha razón,—dijo ella, dejándose llevar de sus sentimientos.

—Por consiguiente, usted me dará permiso para ir á su casa. Desde hoy entra usted en una vida nueva. La que va á ser mi mujer... y hasta ahora no ha dicho usted nada en contrario.»

En la pausa que él hizo, Amparo, confundida, buscaba frases más convenientes para contestar; pero aquel bálsamo suave que caía sobre las heridas de su corazón aletargaba su entendimiento.

«La que va á ser mi mujer—prosiguió Caballero,—no puede vivir de esta manera, sirviendo en una casa... porque esto es peor que servir... Ya es tiempo además de que usted vaya arreglando sus cosas...»

Música celeste era lo que Amparo escuchaba. Tal era su éxtasis, que no sabía por dónde andaba ni de qué modo expresar sus sentimientos. La contestación rotundamente afirmativa tropezaba en sus labios con algo asfixiante, amargo y obstructivo que salía de su conciencia cuando menos lo pensaba. Pero era tanta la debilidad de su carácter, que ni la conciencia ni el afecto acertaban á declararse, y el *sí* y el *no*, pasado un rato de dolorosas tartamudeces, tornaban adentro... Rechazar de plano tanta felicidad, érale imposible; aceptarla, le parecía poco delicado. Creía salir del paso con la expresión de su agradecimiento, que, á su modo de ver, era como una aquiescencia parabólica.

«No sé cómo agradecerle á usted... don Agustín. Yo no valgo lo que usted cree.»

Sin hacer caso de esto, Caballero añadía:

«Desde mañana usted mudará de vida. Eso corre de mi cuenta. Y es preciso que Bringas y Rosalía lo sepan, porque á nada conduce el misterio.»

Iban por la calle Ancha, sin separarse para dar paso á nadie. A ratos se miraban y sonreían. Idilio más inocente y más soso no se puede ver á la luz del gas y en la poblada soledad de una fea calle, donde todos los que pasan son desconocidos. En los sucesivos accidentes de aquel coloquio de tan poco interés dramático y cuyo sabor sólo podían gustar ellos mismos, la voz de Amparo decía:

«Sí... lo había comprendido; pero tenía miedo de que usted me dijera algo. Yo no valgo tanto como usted se figura.

—¿Usted qué ha de decir, si es la misma modestia?»

Iban despacio y á cada frase se paraban, deseosos de hacer muy largo el camino. Los ojos de ella brillaban en la noche con dulce y poética luz, y estaba tan orgulloso y enternecido Caballero mirándolos, que no se habría cambiado por los ángeles que están tocando el arpa en las gradas del trono del Criador...

«Otra cosa...—dijo temblando dentro de su capa.—¿No le parece á usted que nos tuteemos?»

Este brusco proyecto de confianza asustó tanto á la Emperadora, que... se echó á reir.

«Me parece—observó,—que me será difícil acostumbrarme.

—Pues por mi parte...—manifestó el tímido, —creo que no tendré dificultad. Verdad que esto es ya en mí pasión antigua, y tanto me he acostumbrado á tal idea, que cuando estoy solo y aburrido en casa me parece que la veo entrar á usted, digo, á tí; me parece que te veo entrar, y que te oigo, dando órdenes á los criados y gobernando la casa... Si ahora estas esperanzas de tanto tiempo se desvanecieran, créalo usted... créelo, me enterrarían.»

Amparito, confusa, se dejó estrechar la mano por la vigorosa y ardiente de su amigo. Miraba á otra parte, á ninguna parte. Tenía la vista extraviada. Había visto pasar una sombra negra.

«Ese gran suspiro— preguntó Caballero en tono pueril,—¿es por mí?»

Ella le miró. Iba á decir que sí; pero sólo dijo esto:

«Con cien mil vidas que tuviera no le pagaría á usted...

—Yo no quiero cien mil vidas; me basta con una, á cambio de la que yo doy. Lo que ofrezco no es gran cosa. Todos dicen que soy un bruto, un salvaje. Bien comprendo que no tengo atractivos, que mis modales son algo toscos y mi conversación seca. Me he criado en la soledad, y no es extraño que esa segunda madre mía me haya sacado un tanto parecido á ella. Quizás en la vida íntima me encontrarían aceptable los que me

tachan de soso en la sociedad; pero esto no lo saben los que me ven de lejos...

—Lo que á los demás no gusta—afirmó la joven resuelta, inspirada,—á mí me gusta.»

Estaba tan guapita, que al más severo se le podía perdonar que se enamorase locamente de ella, sólo con verla una vez. Ojos de una expresión acariciante, un poco tristes y luminosos como el crepúsculo de la tarde; tez finísima y blanca; cabello castaño, abundante y rizado, con suaves ondas naturales; cuerpo esbelto y bien dotado de carnes; boca deliciosa é incomparables dientes, como pedacitos iguales de bien pulido mármol blanco; cierta emanación de bondad y modestia, y otros y otros encantos, hacían de ella la más acabada estampa de mujer que se pudiera imaginar. ¡Lástima grande que no llevara más gala que el aseo, y que estuviera su vestido tan entrado en días! El velo pedía sustituto, el mantón lo mismo, y sus botas aparentaban, á fuerza de composturas, una juventud que no tenían. Pero todos aquellos desperfectos, y aun otros menos visibles, tendrían remedio bien pronto. Entonces, ¿qué imagen se compararía á la suya? Pensando rápidamente en esto, todo su sér vibraba con ansiedad muy viva. Porque Amparito, dígase claro, no tenía ambición de lujo, sino de decencia; aspiraba á una vida ordenada, cómoda y sin aparato, y aquella fortuna que se le acercaba diciéndole «aquí estoy, cógeme,» la enloquecía. Y no obstante, valor le faltaba para cogerla, porque de su interior turbadísimo salían reparos terribles que clamaban: «detente... eso no es para tí.»

Algo más de lo transcrito hablaron, frases sin substancia para los demás, para ellos interesantí-

simas. En la puerta de la casa, cuando mutuamente se recreaban en sus miradas, recibiéndolas y devolviéndolas en agradable juego, Caballero deslizó esta palabra:

«¿Subo?

—Creo que no es prudente.»

Ambos estaban serios.

«Me parece muy bien—dijo Agustín, que siempre era razonable.—Mañana... ¡Qué feliz soy! ¿Y usted... y tú?

—Yo también.

—Sube. Aguardaré hasta que te vea dar la primera vuelta por la escalera.»

XXI

Aquel buen hombre, que se había pasado lo mejor de su vida en un trabajo árido, siendo en él una misma persona el comerciante y el aventurero, tenía, al entregarse al descanso, la pasión del orden, la manía de las comodidades y de cuanto pudiera hacer placentera y acompasada la vida. Le mortificaba lo que era irregular, todo lo que traía desentono á las metódicas costumbres que tan fácilmente adquiría. Había establecido en su casa un régimen por el cual todo se hacía á horas fijas. Las comidas se le habían de servir á punto... Ver cualquier objeto fuera de su sitio, en el despacho ó en el gabinete, le mortificaba. Si en cualquier mueble notaba polvo; si por alguna parte se echaban de ver negligencias de Felipe, se incomodaba, aunque con templanza. «Felipe, mira cómo está ese candelabro... Felipe, ¿te parece que es ese el sitio de las cajas

de puros? Felipe, veo que te distraes más de la cuenta... Te has dejado aquí tus apuntes de clase. Hazme el favor de no ponerme aquí papeles que no sean míos.»

Este prurito de orden y regularidad se manifestaba más aún en las cosas de alto interés. Por lo mismo que había pasado lo mejor de su vida en medio del desorden, al llegar á la edad madura sentía vehemente anhelo de rodearse de paz, y de asegurarla arrimándose á las instituciones y á las ideas que la llevan consigo. Por esto aspiraba á la familia, al matrimonio, y quería que fuese su casa firmísimo asiento de las leyes morales. La religión, como elemento de orden, también le seducía, y un hombre que en América no se había acordado de adorar á Dios con ningún rito, declarábase en España sincero católico: iba á misa, y hallaba muy inconvenientes los ataques de los demócratas á la fe de nuestros padres. La política, otro fundamento de la permanencia social, penetró asimismo en su alma, y vedle aplaudiendo á los que querían reconciliar las instituciones históricas con las novedades revolucionarias. A Caballero le mortificaba todo lo que fuera una excepción en la calma y rutina del mundo, toda voz desafinada, todo lo que anunciara discordia y violencia, lo mismo en la esfera privada que en la pública. Era un extenuado caminante que quiere le dejen descansar allí donde ha encontrado quietud, paz y silencio.

Había comprado una casa nueva, hermosísima, en la calle del Arenal, cuyo primer piso ocupaba por entero. Parte de ella estaba amueblada ya, atendiendo más á la disposición cómoda, según el uso inglés, que á ese lujo de la

gente latina, que sacrifica su propio bienestar á vanas apariencias. Allí, sin que faltara lo que recrea la vista, prevalecía todo lo necesario para vivir bien y holgadamente. Aún no estaba completo el ajuar de algunas habitaciones, particularmente de las destinadas á la señora y á la futura prole de Caballero; pero cada día llegaban nuevas maravillas. La casa era tal, que sólo contadas familias de reconocida opulencia podían tenerla semejante en aquellos tiempos matritenses, cuando sobre la vulgaridad del gran villorrio empezaba á despuntar la capital moderna. Los amigos de Caballero vieron asombrados el magnífico cuarto de baño que supo instalar aquel hombre extravagante venido de América; se pasmaron de aquella cocina monstruo que, además de guisar para un ejército, daba agua caliente para toda la casa; admiraron las anchas alcobas trasladadas de los recónditos cuchitriles á las luces y al aire directo de la calle; advirtieron que las salas de puro ornato no robaban la exposición de mediodía á las habitaciones vivideras, y se asustaron de ver el gas en los pasillos, cocina, baño, billar y comedor; y otras muchas cosas vieron y alabaron que omitimos por no incurrir en prolijidad.

Desdeñando la rutina de los tapiceros, puso Agustín su despacho á estilo de comerciante rico, y lo primero que al entrar en él se veía era el copiador de cartas con su prensa de hierro y demás adminículos. Dentro de lujosa vitrina, había una linda colección de figurillas mejicanas, tipos populares expresados con verdad y gracia admirable en cera y trapo. Nada existe más bonito que estas creaciones de un arte no aprendido, en el cual la imitación de la Naturaleza llega á

extremos increíbles, demostrando la aptitud observadora del indio y la habilidad de sus dedos para dar espíritu á la forma. Sólo en el arte japonés encontramos algo de valor semejante a la paciencia y gusto de los escultores aztecas.

Dos estantes, uno repleto de libros de comercio y otro de literatura, hacían juego con la exhibición de figurillas; mas la literatura era toda de obras decorativas, si bien entre ellas las había tan notables por su contenido como por sus pastas. Un calendario americano, género de novedad entonces, ocupaba uno de los sitios más visibles. El reloj de la chimenea era un hermoso bronce parisiense de estilo egipcio, con golpes de oro y cardenillo; y en la misma chimenea, así como en la mesa, había variedad grande de objetos fabricados con ese jaspe mejicano que, por la viveza de sus colores y la transparencia de sus vetas, no tiene igual en el mundo. Eran jarroncillos y pisapapeles, la mayor parte de éstos imitando frutas, siendo en algunas piezas casi perfecto el engaño de la piedra, haciéndose pasar por vegetal. Completaba el ajuar del despacho sillería de reps verde claveteada, que á Caballero se le antojaba de un gusto detestable; más había hecho propósito de regalarla á sus primos cuando llegara la remesa de muebles que estaba esperando.

Allí trabajaba el indiano todos los días dos ó tres horas. Escribía cartas larguísimas á su primo, que había quedado al frente de la casa de Brownsville, y también seguía correspondencia tirada con sus agentes de Burdeos, Londres, París y Nueva York. Su letra clara, comercial, bien rasgueada y limpia, era un encanto; mas su estilo, ajeno á toda pretensión literaria y aun á veces desligado de todo compromiso gramatical, no

merece ciertamente que por él se rompa el respetable secreto del correo. Aquel día, no obstante, introdujo en su epístola novedades tan ajenas al comercio, que no es posible dejar de llamar la atención sobre ellas. En un párrafo decía: «Me he enamorado de una pobre;» y más adelante: «Si tú la vieras, me envidiarías. La conocí en casa del primo Bringas. Su hermosura, que es mucha, no es lo que principalmente me flechó, sino sus virtudes y su inocencia... Querido Claudio, pongo en tu conocimiento que el señorío de esta tierra me revienta. Las niñas éstas, cuanto más pobres, más soberbias. Su educación es nula: son charlatanas, gastadoras, y no piensan más que en divertirse y en ponerse perifollos. En los teatros ves damas que parecen duquesas, y resulta que son esposas de tristes empleados que no ganan ni para zapatos. Mujeres guapas hay; pero muchas se blanquean con cualquier droga, comen mal y están todas pálidas y medio tísicas; más antes de ir al baile se dan de bofetadas para que les salgan los colores... Las pollas no saben hablar más que de noviazgos, de pollos, de trapos, del tenor H, del baile X, de *álbums* y de la última moda de sombreros... Una señorita que ha estado seis años en el mejor colegio de aquí, me dijo hace días que Méjico está al lado de Filipinas. No saben hacer unas sopas, ni pegar un triste botón, ni sumar dos cantidades; aunque hay excepciones, Claudio, hay excepciones...»

Y en otra carta decía: «La mía es una joya. La conocí trabajando día y noche, con la cabeza baja, sin decir *esta boca es mía*... La he conocido con las botas rotas, ¡ella, tan hermosísima, que con mirar á cualquier hombre habría tenido millones á sus pies!... Pero es una inocente, y tan

apocada como yo. Somos el uno para el otro, y mejor pareja no creo que pueda existir. En fin, Claudio, estoy contentísimo, y paso á decirte que la partida de cueros la guardes hasta que pase el verano y sean más escasos los arribos de Buenos Aires. He tenido aviso de la remesa de pesos á Burdeos y de otra más pequeña á Santander. Ambas te las dejo abonadas en cuenta.»

Es de advertir que el afán de orden y de legalidad que al buen Caballero dominaba desde su llegada á Europa, se extendía, por abarcarlo todo, hasta lo que pertenece al fuero del lenguaje. Deseando no faltar á ninguna regla, se había comprado el Diccionario y Gramática de la Academia, y no los perdía de vista, mientras escribía, para llegar á vencer, con el trabajo de oportunas consultas, las dificultades de ortografía que le salían al paso á cada momento. Tanto bregó, que sus epístolas veíanse cada día más limpias de las gárrulas imperfecciones que las afearan antaño, cuando las trazaba en el inmundo y desordenado escritorio de su casa de Brownsville.

Todas las tardes salía á dar un paseo á caballo. Era diestro y seguro jinete, de esa escuela mejicana, única, que parece fundir en una sola pieza el corcel y el hombre. Lo mismo en sus correrías por las afueras que en la soledad y sosiego de su casa, no se desmentía jamás en él su condición de enamorado, es decir, que ni un instante dejaba de pensar en su ídolo, contemplándolo en el espejo de su mente y acariciándolo de una y otra manera. A veces tan clara la veía, como si viva la tuviera enfrente de sí. Otras se enturbiaba de un modo extraño su imaginación, y tenía que hacer un esfuerzo para saber cómo era y reconstruir las lindas facciones. ¡Fenómeno sin-

gular este desvanecimiento de la imagen en el mismo cerebro que la agasaja! Por fortuna, no tardaba en presentarse otra vez tan clara y tan viva como la realidad. Aquellos hoyuelos, cuando se reía, ¡qué bonitos! Aquella manera particular de decir *gracias*, ¿cómo se podía borrar de la fantasía del enamorado? ¿Ni cómo olvidar la muequecilla antes de decir *no*, el repentino y gracioso movimiento de cabeza al afirmar, la buena compañía que hacían los cabellos á los ojos, aquel tono de inocencia, de sencillez, de insignificancia con que hablaba de sí misma? ¡Qué manera de mirar cuando se le decía una cosa grave! ¿Pues aquel modo de cruzar el manto sobre el pecho, con la mano derecha forrada en él y tapando la boca...?

Al día siguiente de la entrevista en la calle fría (y en dicha entrevista fué donde Caballero observó el accidente de la mano forrada que tan bien conservara en la memoria), escribióle una larga carta. En ella, más que las palabras amorosas, abundaban las frialdades positivas. Empezando por señalarse cuantiosa pensión mensual, mientras llegase el feliz día del casorio, le proponía vivir en casa de Bringas. Si los primos se negaban á esto, él la visitaría en casa de ella. Amparo debía disponer con prontitud sus ajuares de ropa para entrar triunfal y decorosamente en su nuevo estado.

XXII

A sus amigos, que eran pocos y bien escogidos, había anunciado Caballero de un modo vago sus proyectos matrimoniales. Pero como no le conocían novia, todo se volvía cálculos, acertijos y conjeturas. Bien sabían ellos que Caballero no frecuentaba la sociedad. Jamás le vieron en los paseos haciendo el oso, rarísimas veces en los teatros, y no frecuentaba reuniones de señoras, como no fuese la de Bringas, donde brillaba por su frialdad y lo seco y esquivo de su conversación. Todos convenían en que era Agustín el más raro de los hombres; pero le querían tanto, que no le faltaban al respeto ni aun en la inocente crítica de sus rarezas.

Entre los tales amigos descollaban tres, que eran los propiamente íntimos. Helos aquí: Arnáiz, ya viejo, dueño de un antiguo y acreditado almacén de paños al por mayor, importaba géneros de Nottingham y tomaba aquí letras sobre Londres. Había labrado con su honrada constancia una bonita fortuna, y á la sazón, apartado del tráfico activo, había cedido la casa á los hijos de su hermano, que la conservan con la afamada razón de *Sobrinos de Arnáiz*.—Trujillo y Fernández, que había casado con la hija única de Sampelayo, hallábase al frente de la antigua y respetable casa de Banca de Madrid *G. de Sampelayo Fernández y Compañía*, que data del siglo pasado.—Mompous y Bruil, corredor de cambios primero, había hecho después un buen caudal comprando terrenos para venderlos por solares.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN